

Dios

Hay una ventana corrediza con un ancho alféizar en uno de cuyos rincones se encuentra una maceta con un enorme y robusto cactus, y a su lado un plato plástico siempre lleno de agua. La ventana tiene una cortina de tela azulosa ligeramente gruesa, transparente a pesar de un caprichoso tejido figurando nubes. A través de ella se distingue opaco el mundo exterior. Todos los días, entre el amanecer y el atardecer, dos pequeñas palomas silvestres descienden al alféizar donde siempre encuentran alpiste y agua. Por lo general, anuncian su arribo emitiendo un tenue pero audible zureo. Transcurrido un breve tiempo, a través de la abertura que deja la ventana entreabierta, aparece una forma parecida a un pequeño pulpo con cinco tentáculos acolchados contraídos férreamente. Aquella compacta forma levita ingrávida con estudiada lentitud para no asustar a las aves. Mientras esto sucede, ambas, o al menos una de ellas se agita impaciente incrementando sus zureos, encrespa el plumaje de su lomo, y levanta las alas extendiéndolas hacia lo alto con una especie de inocua actitud protectora. Con mucha delicadeza, y aproximándose hasta casi tocarla, la rígida masa se abre con delicadeza, extiende

* Profesor catedrático del Programa de Lingüística y Literatura desde hace veinte años. Autor de la trilogía novelística *Todos los demonios*, conformada por *Días así*, *Metástasis*, y *Proyecto burbuja*.
e-mail: holdencaulfield82@hotmail.com



Nabely Figueroa Lee, "El peso del destino" (2021).

los tentáculos, y deja caer alpiste sobre el alféizar. Entonces comen. Lo hacen interrumpiendo su ingesta para dirigirse repetidamente al plato a beber agua. En ocasiones distinguen una figura mucho más grande, alargada y borrosa observándolas oculta tras el celaje de las nubes. Cuando esto acontece una de ellas se arriesga: camina con nerviosismo, rozando el vidrio de la ventana, recorre su extensión, guiándose por el marco inferior, hasta llegar a la abertura, y con un atrevido y arriesgado acto introduce la cabeza en la habitación; re-ojea con esos movimientos cortados tan propios y singulares de las cabezas de las aves, pero lo que ve no le dice nada. Cuando comen muy rápido vuelven a zurear y la figura reaparece: de nuevo extiende aquella singular extremidad rematada en el minúsculo pulpo con cinco apéndices, los despliega, y suelta más alpiste.

Cumplidos aquellos ritos los pajarillos proceden a espulgarse uno al otro, o en forma individual; encrespan su plumaje relajadamente,

se asolean cabeceando adormecidos, y toman baños, salpicando con sus movimientos palomantes el vidrio de la ventana y el silencioso cactus. No faltan los momentos en que tienen relaciones sexuales; de palomas, por supuesto. El conjunto de aquel ceremonial se repite varias veces al día. Excepcionalmente la cortina se corre por completo y se manifiesta de cuerpo entero la presencia de un *misterio tremendo y fascinante* que extiende alguno de sus dos enormes apéndices y apoya en quieto reposo uno de los pulpos sobre su dorso. Lo hace confiando en que ellas comerán el alpiste que ha dejado sobre el reverso abierto como palma de mano; que hagan contacto directo con Él. Pero las avecillas escasamente se aproximan, y limitándose a dar vueltas alrededor, se acercan y alejan con desconfiados pasitos rápidos. Perciben inseguras. Dudan. Siempre distantes apenas presienten. Ni siquiera se produce un intangible roce. Incomunicados, cada uno en su mundo, ni ellas entienden el lenguaje del Misterioso, ni el Misterioso comprende sus zureos.